

24

JONATHAN CRARY

7

*Ariel*

24

JONATHAN CRARY

7

EL CAPITALISMO AL ASALTO DEL SUEÑO

*Ariel*

Título original: *24/7. Late Capitalism and the Ends of Sleep*

Publicado originalmente por Verso, un sello de New Left Books (U.S.A)

1.ª edición: mayo de 2015

© Jonathan Crary, 2013, 2014

© de la traducción: Paola Cortés-Rocca

Derechos exclusivos de edición en español  
reservados para todo el mundo:

© 2015: Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.  
[www.ariel.es](http://www.ariel.es)

ISBN 978-84-344-2232-2

Depósito legal: B. 8.280 - 2015

Impreso en España por Reinbook

El papel utilizado para la impresión de este libro  
es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita  
fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)  
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Cualquiera que haya vivido en la Costa Oeste de América del Norte sabe perfectamente que, cada año, cientos de especies de pájaros migran hacia el norte y hacia el sur a lo largo de esa franja continental. Una de ellas es el gorrión de corona blanca. En el otoño, su ruta lo lleva desde Alaska hasta el norte de México y luego, en primavera, de regreso al norte. A diferencia de la mayoría de las otras aves, este tipo de gorrión tiene una capacidad muy inusual para permanecer despierto hasta al menos siete días durante la migración. Esta habilidad temporal le permite volar de noche y buscar alimento de día, sin descansar un instante. Durante los últimos cinco años, el Departamento de Defensa de Estados Unidos dedicó grandes sumas de dinero a estudiar estas criaturas. Gracias a los fondos públicos de investigación de varios centros, en especial los de la Universidad de Madison en Wisconsin, han focalizado sus estudios en la actividad cerebral de estas aves durante estos largos períodos de vigilia, con la esperanza de adquirir conocimiento aplicable a los seres humanos. El objetivo es descubrir formas de hacer posible que la gente permanezca sin dormir y, *a la vez*, que funcione de manera productiva y eficiente. El propósito inicial

es sencillamente la creación de un soldado insomne, y el proyecto de estudiar al gorrión de corona blanca es solo una pequeña parte de un esfuerzo militar más amplio, dedicado a alcanzar cierto dominio sobre el sueño de los seres humanos. A partir de una iniciativa de la División de Investigación Avanzada del Pentágono (DARPA, en sus siglas en inglés), los científicos llevan adelante, en varios laboratorios, experimentos con técnicas de restricción del sueño que incluyen neuroquímicos, terapia genética y estimulación magnética transcraneal. A corto plazo, lo que se busca es desarrollar métodos para permitir que un combatiente se mantenga, como mínimo, siete días sin dormir y, a largo plazo, tal vez el doble de ese tiempo, preservando, a su vez, un alto nivel de rendimiento físico y mental. Los medios existentes para producir insomnio siempre han ido acompañados de déficits cognitivos y psíquicos (por ejemplo, disminución del estado de alerta). Fue el caso, por ejemplo, del uso generalizado de anfetaminas en la mayoría de las guerras del siglo xx y, más recientemente, con fármacos como Provigil. El objetivo científico aquí no es el de encontrar formas de estimular la vigilia, sino más bien el de reducir la *necesidad* corporal de dormir.

Durante más de dos décadas, la lógica estratégica de la planificación militar de Estados Unidos se ha dirigido hacia la eliminación de la presencia humana en los circuitos de comando, control y ejecución. Se gastan incontables miles de millones en el desarrollo de robots y otros sistemas de identificación de blanco y ejecución operados a distancia, con resultados que han sido desalentadoramente evidentes en Pakistán, Afganistán y otros lugares. Sin embargo, a pesar de las afirmaciones extravagantes a favor de los nuevos paradigmas de armamento y las constantes referencias por parte de los analistas militares al agente humano como el obstáculo anómalo en operaciones de sistemas avanzados, la necesidad militar de contar con grandes ejércitos humanos no va a disminuir en el futuro cercano. La investigación sobre el insomnio debe en-

tenderse como parte de una búsqueda de soldados cuyas capacidades físicas se aproximarían a las funcionalidades de redes y aparatos no humanos. El complejo científico-militar realiza esfuerzos impresionantes para desarrollar formas de «incremento cognitivo» destinadas a mejorar los varios modos de interacción entre el hombre y la máquina. Al mismo tiempo, los militares también están financiando muchas otras áreas de investigación cerebral, incluyendo el desarrollo de un medicamento contra el miedo. Habrá ocasiones en las que, por ejemplo, no podrá utilizarse un dron con misiles y se necesitarán escuadrones de la muerte con comandos resistentes al sueño y al miedo para llevar adelante misiones de duración indefinida. Como parte de estos esfuerzos, los gorriónes de corona blanca han sido retirados de los ritmos estacionales de la costa del Pacífico para ayudar en la imposición, sobre el cuerpo humano, de un modelo mecánico de duración y eficiencia. Como ha demostrado la historia, las innovaciones relacionadas con la guerra acaban introduciéndose de un modo inevitable en una esfera social más amplia y el soldado insomne resultará el precursor del trabajador o el consumidor insomne. Tras una agresiva campaña publicitaria, los productos para evitar el sueño se convertirían primero en un estilo de vida y, por último, en una necesidad para muchos.

Los supermercados abiertos las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana y la infraestructura global montada para facilitar el trabajo y el consumo continuo han estado en vigencia durante algún tiempo, pero ahora es un sujeto humano el que está a punto de coincidir con ellos.

A finales de los noventa, un consorcio espacial ruso-europeo anunció sus planes de construir y poner en órbita satélites que reflejarían la luz solar en la Tierra. El plan consistía en una cadena de muchos satélites en órbita sincronizados con el Sol, a una altitud de 1700 kilómetros, cada uno de ellos equi-

pado con reflectores parabólicos desplegados y hechos de un material fino como el papel. Una vez extendido completamente con sus 200 metros de diámetro, cada satélite espejado tendría la capacidad para iluminar un área de cerca de veinte kilómetros cuadrados sobre la Tierra, con un brillo casi cien veces mayor que el de la luz de la Luna. El objetivo inicial del proyecto era proporcionar iluminación para la explotación de recursos naturales e industriales en zonas geográficas remotas y con largas noches polares en Siberia y el oeste de Rusia, lo que permitiría trabajar al aire libre durante todo el día. Pero luego la compañía amplió sus planes para incluir la posibilidad de suministrar iluminación nocturna en áreas metropolitanas. Argumentando que esto reduciría los costes de energía del alumbrado eléctrico, el lema con el que la compañía lanzó sus servicios era «la luz del día durante toda la noche». La oposición al proyecto surgió de inmediato y desde muchos lugares. Los astrónomos expresaron su consternación debido a las consecuencias sobre la observación espacial desde la Tierra. Los científicos y los ambientalistas declararon que esto tendría efectos fisiológicos perjudiciales tanto para los animales como para los seres humanos, ya que la ausencia de una alternancia regular entre noche y día interrumpiría varios patrones metabólicos, incluido el del sueño. También hubo protestas de grupos culturales y humanitarios, quienes sostenían que el cielo nocturno es un bien común al que toda la humanidad tiene derecho a acceder y que la capacidad de experimentar la oscuridad de la noche y observar las estrellas es un derecho humano básico, que ninguna corporación puede anular. Sin embargo, si este fuera realmente un derecho o un privilegio, ya habría sido violado: más de la mitad de la población mundial vive en ciudades que se han desarrollado de forma ininterrumpida entre la penumbra de las boinas de contaminación y la iluminación de alta intensidad. Los defensores del proyecto, sin embargo, afirmaban que esta tecnología ayudaría a disminuir el uso de la electricidad durante la noche y que

la pérdida del cielo nocturno y su oscuridad es un pequeño precio a pagar por la reducción del consumo global de energía. Aunque inviable, es un caso paradigmático del imaginario contemporáneo en el que la necesidad de una iluminación permanente es inseparable de la operación continua de intercambio y circulación global. En su exceso empresarial, el proyecto es una expresión hiperbólica de una intolerancia institucional ante lo que sea que oscurezca o impida una condición de visibilidad instrumentalizada e infinita.

Desde 2001, una de las formas de tortura padecidas por muchas de las víctimas del confinamiento extrajudicial ha sido la privación del sueño. Aunque similar al de cientos de casos no tan bien documentados, las circunstancias que atañen a uno de esos detenidos pasaron a ser de conocimiento público. Mohammed al-Qahtani fue torturado según las especificaciones de lo que ahora se conoce como el «Primer plan especial para interrogatorios» del Pentágono, autorizado por Donald Rumsfeld. Al-Qahtani fue privado del sueño durante la mayor parte del tiempo a lo largo de dos meses, mientras era sometido a interrogatorios que a menudo duraban veinte horas. Fue confinado en pequeños cubículos iluminados con lámparas de alta intensidad, donde era imposible acostarse y en los que se ponía música a todo volumen. Dentro de la inteligencia militar se conoce a estas cárceles como *dark sites* [sitios oscuros], aunque el lugar donde Al-Qahtani fue encarcelado se llamaba *camp bright lights* [campo iluminado]. Esta no es la primera vez que los estadounidenses o sus aliados utilizan la privación del sueño. De hecho, en cierta medida, es engañoso aislar esta práctica. Para Mohammed Al-Qahtani y muchos otros, la falta de sueño era solo una parte de un programa más amplio de palizas, humillaciones, inmovilización prolongada y simulacros de ahogamiento. Muchos de estos «programas» para los presos extrajudiciales fueron diseñados por los psicólogos de los equipos de asesores en ciencia conductista (BSCT, por sus siglas en inglés), con el objeto de ex-



plotar lo que habían determinado como vulnerabilidades físicas y emocionales de los individuos.

La privación del sueño como método de tortura se remonta a muchos siglos atrás, pero su uso sistemático coincide con la disponibilidad de ciertos sistemas de iluminación y medios para la amplificación continua del sonido. Usada de forma habitual por la policía de Stalin en los años treinta, esta técnica era la primera parte de lo que los torturadores de la NKVD llamaban «la cinta transportadora», una secuencia organizada de brutalidades y de violencia inútil que daña irreparablemente a los seres humanos. Tras un breve período, la privación del sueño produce psicosis y tras varias semanas comienza a causar daño neurológico; en el laboratorio, las ratas mueren después de dos o tres semanas de insomnio. La falta de descanso conduce a un estado extremo de indefensión y obediencia, en el que es imposible extraer de la víctima alguna información significativa; una situación en la que se confiesa o inventa cualquier cosa. La negación del sueño es el despojo violento de uno mismo por parte de una fuerza externa, la destrucción calculada de un individuo.

Si bien Estados Unidos ha estado involucrado desde hace mucho tiempo en la práctica de la tortura (de manera directa o a través de sus regímenes clientelares), lo destacable es que a partir del período posterior al once de septiembre ha pasado a ser un tema más de controversia entre tantos otros. Numerosos sondeos de opinión muestran que la mayoría de los estadounidenses aprueba la tortura bajo determinadas circunstancias. El discurso de los principales medios de comunicación rechaza de modo sistemático considerar la privación del sueño como tortura. Se clasifica, más bien, como persuasión psicológica, aceptable para muchos, al igual que la alimentación forzada de los presos en huelga de hambre. Como Jane Mayer descubría en su libro *The dark side*, esta técnica se justificaba de un modo cínico en los documentos del Pentágono, arguyendo que los miembros de las Fuerzas Armadas de Estados

Unidos también deben realizar simulacros de misiones en los que están sin dormir durante dos días.<sup>1</sup> Es importante señalar que el tratamiento de los llamados presos de «alto interés», en Guantánamo y otros lugares, combina formas explícitas de tortura con modos de control total de la experiencia sensorial y perceptiva. Los internos tienen que vivir en celdas sin ventanas que están siempre iluminadas y deben cubrirse ojos y oídos para bloquear la luz y el sonido cada vez que son escoltados fuera de sus celdas, de manera tal que no les sea posible saber si es de noche o de día, ni tampoco obtener nada que les pueda proporcionar indicios sobre su situación. El régimen de privación perceptual se extiende con frecuencia al contacto diario entre prisioneros y guardias, estando estos últimos completamente cubiertos, incluso con guantes y cascos con visores unidireccionales de plexiglás, de modo que los prisioneros no tengan ninguna relación con una cara humana o un centímetro de piel. Estas son técnicas y procedimientos que conducen a un estado de obediencia abyecta y uno de los niveles en los que esto ocurre es a través de la fabricación de un mundo que excluye cualquier posibilidad de atención, protección o consuelo.

Esta constelación particular de acontecimientos recientes proporciona un punto de vista privilegiado sobre algunas de las múltiples consecuencias de la globalización neoliberal y del largo proceso de modernización de Occidente. No tengo la intención de dar a esta serie ningún significado explicativo especial. Pero creo que constituye una introducción provisional a algunas de las paradojas de la vida incesante en el mundo capitalista del siglo XXI; paradojas que son inseparables de los cambios en las configuraciones del sueño y la vigilia, la iluminación y la oscuridad, la justicia y el terror y, también, en las formas de exposición, desprotección y vulnerabilidad. Se podría objetar que he señalado fenómenos

excepcionales o extremos, pero incluso si así fuese, ellos no están disociados de lo que se ha convertido en tendencias y condiciones normativas en otros lugares. Una de esas condiciones puede ser caracterizada como una inscripción general de la vida humana en una duración sin interrupciones, definida a partir del principio de funcionamiento continuo. Se trata de un tiempo que no pasa, que está más allá del tiempo measurable del reloj.

Detrás de la vacuidad del eslogan, 24/7 es una redundancia estática que niega su relación con las texturas rítmicas y periódicas de la vida humana; implica un esquema semanal arbitrario y sin inflexiones, arrancado de cualquier despliegue de experiencia abigarrada o acumulativa. Decir «24/365», por ejemplo, no es lo mismo, ya que introduce la sugerencia poco manejable de una temporalidad prolongada en la que algo podría cambiar, en la que puede darse algún acontecimiento imprevisto. Como he indicado al comienzo, en el mundo desarrollado, muchas instituciones han estado funcionando las 24 horas al día, los 7 días de la semana desde hace décadas. Pero es en época reciente cuando la elaboración y definición de la identidad personal y social de cada uno se ha reorganizado para ajustarse al funcionamiento ininterrumpido de los mercados, de las redes de información y otros sistemas. Un entorno 24/7 tiene la apariencia de un mundo social, pero en realidad es un modelo no social de rendimiento propio de máquinas y una suspensión de la vida que no revela el coste humano que se necesita para mantener su eficacia. Debe distinguirse de lo que Lukács y otros, a principios del siglo xx, identificaron como el tiempo vacío y homogéneo de la modernidad, el tiempo métrico o calendario de las naciones, de las finanzas o de la industria, en el cual las esperanzas o proyectos individuales quedan excluidos. Lo que es nuevo es el abandono radical de la pretensión de que el tiempo se acople a cualquier proyecto a largo plazo, incluso a las fantasías de «progreso» o desarrollo. Un mundo sin sombras, iluminado

las 24 horas, los 7 días de la semana es el espejismo capitalista de la poshistoria, del exorcismo de la alteridad, que es motor del cambio histórico.

La temporalidad 24/7 es un tiempo de indiferencia, en el cual la fragilidad de la vida humana es cada vez más inadecuada y el sueño no es necesario ni inevitable. En relación con el trabajo, propone como posible e, incluso, normal, la idea de trabajar sin pausa, sin límites. Está en línea con lo que es inanimado, inerte o lo que no envejece. Como una exhortación publicitaria, decreta la absoluta disponibilidad y, por tanto, el carácter ininterrumpido de las necesidades y de su incitación, como también su insatisfacción perpetua. La ausencia de restricciones en el consumo no es solo temporal. Estamos mucho más allá de esa era en la que fundamentalmente se acumulaban cosas; ahora nuestros cuerpos e identidades asimilan un exceso en constante expansión de servicios, imágenes, procedimientos y productos químicos, en cantidades tóxicas y a menudo fatales. La supervivencia a largo plazo del individuo siempre es una cuestión menor si la alternativa es admitir –siquiera de forma indirecta– la posibilidad de pausas sin consumo o publicidad. De forma análoga, con su apuesta por el gasto continuo, el interminable derroche necesario para su sustento y la interrupción permanente de los ciclos y estaciones de los cuales depende la integridad ecológica, el 24/7 conlleva la catástrofe ambiental.

En su profunda inutilidad y en su pasividad intrínseca, con las incalculables pérdidas que ocasiona en el tiempo de producción, circulación y consumo, el sueño siempre chocará con las exigencias de un universo 24/7. La enorme porción de nuestra vida que pasamos durmiendo, liberados de una ciénaga de necesidades simuladas, subsiste como una de las grandes afrontas humanas a la voracidad del capitalismo contemporáneo. Se trata de una interrupción sin concesiones al robo de tiempo que sufrimos por parte del capitalismo. La mayoría de las necesidades en apariencia irreductibles de la vida humana

–hambre, sed, deseo sexual y, recientemente, amistad– se han reformulado como formas mercantilizadas o financiarizadas. El sueño plantea la idea de una necesidad humana y de una temporalidad que no pueden ser colonizadas y aprovechadas para alimentar el gran motor de la rentabilidad y, por lo tanto, sigue siendo una anomalía incongruente y un lugar de crisis en el presente global. A pesar de toda la investigación científica en este ámbito, cualquier estrategia para explotarlo o darle forma ha sido frustrada. La asombrosa e inconcebible realidad es que no se le puede extraer valor.

Dada la inmensidad de lo que está en juego en el plano económico, no es sorprendente que ahora haya una erosión del sueño en todas partes. En el transcurso del siglo xx hubo un esfuerzo constante contra el tiempo de sueño: en la actualidad, el adulto promedio estadounidense duerme, por la noche, aproximadamente seis horas y media, una erosión de las ocho horas de la generación anterior, y de las diez horas de principios del siglo xx (cantidad difícil de creer ahora). A mediados del siglo xx, el conocido adagio de que «nos pasamos un tercio de nuestra vida durmiendo» parecía ser una certeza axiomática, certeza que continúa siendo socavada. El sueño es un recordatorio omnipresente pero invisible de una premodernidad que nunca se ha superado de forma completa, de un universo agrícola que empezó a desaparecer hace cuatrocientos años. Su carácter escandaloso radica en la incrustación que hace, en nuestras vidas, de las oscilaciones rítmicas de la luz y la oscuridad, la actividad y el descanso, el trabajo y la recuperación, que se han erradicado o neutralizado en los demás ámbitos. El sueño, por supuesto, tiene una historia densa, igual que cualquier cosa que se presuma natural. Nunca ha sido algo monolítico o idéntico y durante siglos y milenios asumió diferentes formas y patrones. En los años treinta, Marcel Mauss incluía tanto el dormir como el despertar en su conferencia sobre «*Les techniques du corps*», en la que mostraba que ciertos comportamientos en apariencia instintivos eran,

en realidad, adquiridos en una inmensa variedad de formas, a través de la imitación o la educación. Sin embargo, en esa investigación todavía podía sugerir que había rasgos cruciales del dormir comunes a una gran diversidad de sociedades agrarias premodernas.

A mediados del siglo xvii, el sueño perdió esa posición estable que ocupaba en las concepciones aristotélica y renacentista, ahora obsoletas, y se comenzó a identificar su incompatibilidad con las nociones modernas de productividad y racionalidad. Descartes, Hume y Locke fueron solo algunos de los filósofos que lo menospreciaron por su irrelevancia para el funcionamiento de la mente o la búsqueda de conocimiento. Quedó devaluado frente al privilegio de la conciencia y la voluntad, de la utilidad, la objetividad y la acción que persigue el interés individual. Para Locke, era una lamentable aunque inevitable interrupción de las prioridades diseñadas por Dios para los seres humanos: ser trabajadores y racionales. En el primer párrafo del *Tratado sobre la naturaleza humana* de Hume, el sueño se agrupa con la fiebre y la locura como ejemplos de obstáculo para el conocimiento. A mediados del siglo xix, la relación asimétrica entre sueño y vigilia comenzó a conceptualizarse según un modelo jerárquico en el que el primero se entendía como una regresión a un modo básico y más primitivo, en el que la actividad cerebral, considerada superior y más compleja, resultaba inhibida. Schopenhauer es uno de los pocos pensadores que se opuso a esta idea para defender que solo en el sueño es posible ubicar «el verdadero corazón» de la existencia humana.

En muchos sentidos, el estatus incierto del sueño tiene que ser entendido en relación con la dinámica particular de la modernidad que ha invalidado cualquier organización de la realidad en una complementariedad binaria. La fuerza homogeneizante del capitalismo es incompatible con cualquier estructura inherente de diferenciación: sagrado/profano, carnaval/día laborable, naturaleza/cultura, máquina/organismo, y demás. Por

lo tanto, cualquier noción persistente del sueño como algo natural se considera inaceptable. Por supuesto, la gente seguirá durmiendo, e incluso en las megalópolis aún hay intervalos nocturnos de relativa quietud. Pero el sueño es ahora una experiencia que se distancia de las nociones de necesidad o naturaleza y se concibe, en cambio –y como tantas otras cosas–, como una función variable –aunque posible de manejar– que solo puede definirse de manera instrumental y fisiológica. Las investigaciones recientes han demostrado que el número de personas que se despierta durante la noche una o más veces para leer mensajes crece de modo exponencial. Una figura lingüística aplicable a las máquinas, a primera vista intrascendente aunque predominante, es la de *sleep mode* (modo de espera). La idea de un aparato en un estado de reposo pero todavía alerta transforma el sentido más amplio del sueño en una condición en la cual la operatividad y el acceso están simplemente diferidos o disminuidos. Se sustituye la lógica del apagado-encendido, de manera tal que nada está del todo «apagado» y no hay nunca un estado real de descanso.

El sueño es la afirmación irracional e intolerable de que puede haber límites a la compatibilidad de los seres vivos con las fuerzas en apariencia irresistibles de la modernización. Uno de los lugares comunes del pensamiento crítico contemporáneo es que no hay nada inalterable ni natural, ni siquiera la muerte, según los que predicen que muy pronto todos estaremos descargando nuestras mentes en la inmortalidad digital. Creer que hay características esenciales que distinguen a los seres vivos de las máquinas es, según nos dicen algunos críticos famosos, ingenuo e ilusorio. ¿Por qué, entonces, oponerse a que los nuevos fármacos permitan que alguien trabaje cien horas sin parar? Flexibilizar y reducir el tiempo de sueño, ¿no otorgaría más libertad personal y capacidad para personalizar la vida de cada uno de acuerdo con las necesidades y deseos individuales? Reducir el sueño, ¿no daría la posibilidad de «vivir la vida al máximo»? Sin embargo, se podría objetar

que los seres humanos están destinados a dormir durante la noche, que nuestros propios cuerpos están alineados con la rotación diaria del planeta y que los comportamientos que responden a variaciones estacionales y solares se dan en casi todos los organismos vivos. Es probable que la respuesta sea alguna perniciosa tontería *new age* o, incluso peor, un anhelo siniestro por alguna conexión heideggeriana con la Tierra. Más importante aún: dentro del paradigma neoliberal globalizado, dormir es de perdedores.

En el siglo XIX, a raíz de los abusos cometidos contra los trabajadores durante la industrialización en Europa, los capataces de las fábricas –tal como ha demostrado Anson Rabinbach en su trabajo sobre la ciencia del cansancio– se dieron cuenta de que era rentable permitir que los trabajadores dispusieran de pequeños tiempos de descanso para que, en el largo plazo, fueran más eficaces y constantes. Sin embargo, desde las últimas décadas del siglo XX hasta la actualidad, con la desaparición de las formas controladas o mitigadas del capitalismo en Estados Unidos y Europa, ha dejado de existir cualquier necesidad interna que permita el descanso y la recuperación en calidad de componentes del crecimiento económico y la rentabilidad. El tiempo para el descanso y la recuperación humana es ahora demasiado caro para ser incorporado dentro del capitalismo contemporáneo. Teresa Brennan acuñó el término *bio-desregulación* (*bioderegulation* en inglés), para describir las brutales discrepancias entre la operación temporal de los mercados desregulados y las limitaciones físicas inherentes a los seres humanos para responder a estas demandas.<sup>2</sup>

La disminución del valor a largo plazo de la fuerza de trabajo no ofrece incentivos para que el descanso y la salud sean prioridades económicas, tal como lo han demostrado los recientes debates en torno de los seguros médicos. En la actualidad, hay muy pocos intervalos significativos en la existencia humana (con la inmensa excepción del sueño) que no hayan sido invadidos y convertidos en tiempo de trabajo, tiempo de



consumo, o tiempo de *marketing*. En su análisis del capitalismo contemporáneo, Luc Boltanski y Ève Chiapello han señalado el conjunto de fuerzas que abordan a un individuo que está constantemente ocupado, interconectado, comunicándose, interactuando, respondiendo o procesando algo en algún medio telemático. En las regiones ricas del mundo, esto ha ocurrido –como advierten los autores– en medio de la disolución de la mayoría de las fronteras que separan el tiempo privado y profesional, el trabajo y el consumo. En el paradigma conexionista que proponen, el lugar más alto está ocupado por una actividad que se justificaría por ella misma. «Estar siempre haciendo algo, moverse, cambiar: esto es lo que goza de prestigio frente a la estabilidad que es, a menudo, sinónimo de inacción».<sup>3</sup> Este modelo de actividad no es una transformación de un paradigma previo de ética laboral, sino un modelo de normatividad completamente nuevo que, para su realización, requiere de esta temporalidad 24/7.

Si volvemos por un momento al proyecto antes mencionado, notamos que el plan de poner en órbita enormes reflectores como espejos de la luz solar que eliminarían la oscuridad de la noche tiene algo de absurdo, una suerte de supervivencia en versión tecnológica barata de un esquema mecánico tomado de Julio Verne o de la ciencia ficción de principios del siglo xx. De hecho, los primeros lanzamientos fracasaron: una vez los reflectores no tomaron la posición correcta, otra, una nube densa que cubría una ciudad impidió una demostración convincente de sus capacidades. Las ambiciones que los guiaban parecen vincularse con un amplio conjunto de prácticas panópticas desarrolladas a lo largo de los últimos doscientos años. Es decir, señalan una vez más la importancia de la iluminación en el modelo original del panóptico de Jeremy Bentham, que requería de un espacio inundado de luz para eliminar las sombras y hacer de la condición de plena observabilidad un sinónimo del efecto de control. Sin embargo, desde hace varias décadas, otro tipo de satélites ha llevado adelante, en formas mucho

más sofisticadas, las operaciones de vigilancia real y de acumulación de información. Un panoptismo modernizado se ha expandido a otras partes del espectro, mucho más allá de las ondas visibles de la luz, por no hablar de los muchos tipos de escáneres no ópticos y biosensores. El proyecto del satélite es quizás mejor entendido como una perpetuación de las prácticas más utilitaristas iniciadas en el siglo XIX. Wolfgang Schivelbusch, en su historia de la tecnología de la iluminación, muestra cómo el amplio desarrollo, durante la década de 1880, de las luces en el espacio público urbano cumplía con dos objetivos interrelacionados: reducir las preocupaciones asociadas a los diversos peligros relacionados con la oscuridad nocturna y ampliar el marco temporal (y por lo tanto, la rentabilidad) de muchas actividades económicas.<sup>4</sup> La iluminación nocturna fue una demostración simbólica de lo que los apólogos del capitalismo habían vaticinado durante el siglo XIX: que sería la garantía doble de la seguridad y la prosperidad, mejorando en apariencia el tejido de la vida social y la existencia individual. En este sentido, la instalación triunfal de un mundo 24/7 cumple ese antiguo proyecto anterior, pero los beneficios y la prosperidad que otorga están destinados en su mayoría a una poderosa elite global.

El mundo 24/7 socava de manera constante toda distinción entre día y noche, luz y oscuridad, acción y reposo. Es una zona de insensibilidad, de amnesia, de aquello que destruye la posibilidad de la experiencia. Parafraseando a Maurice Blanchot, «es tanto del desastre como del después del desastre, un mundo caracterizado por un cielo vacío, en el que ninguna estrella o signo es visible, en el que se pierde el rumbo y es imposible orientarse».<sup>5</sup> Es, en concreto, como un estado de emergencia, cuando un conjunto de focos se enciende de manera repentina en medio de la noche, al parecer como respuesta a alguna circunstancia extrema, pero en la condición permanente de nunca desconectarse ni normalizarse. El planeta se reimagina como un lugar de trabajo sin descanso o un

centro comercial siempre abierto, con opciones, tareas, selecciones y digresiones infinitas. El desvelo es un estado en el que producir, consumir y desechar ocurre sin pausa, acelerando la extinción de la vida y el agotamiento de los recursos.

El sueño, en cuanto principal obstáculo que queda en pie para la realización del capitalismo 24/7 y última instancia de lo que Marx llamó «barreras naturales», no puede ser eliminado. Pero sí puede ser arruinado y despreciado, y los métodos y las motivaciones para llevar a cabo esta destrucción, tal como mostraban mis ejemplos iniciales, están en pleno funcionamiento. El ataque al sueño es inseparable del proceso de desmantelamiento de la protección social en otros ámbitos. Así como el acceso universal al agua potable ha sido destruido de forma programada en todo el mundo a partir de la contaminación, la privatización y la mercantilización del agua embotellada, no es difícil ver una construcción similar a favor de la escasez del sueño. Todos los ataques al sueño crean condiciones de insomnio en las que el sueño debe ser comprado (incluso si uno paga por un estado inducido a través de químicos que solo se aproxima al sueño real). Las estadísticas sobre el impresionante uso de hipnóticos muestran que, en 2010, se les recetó Ambien o Lunesta a cerca de cincuenta millones de estadounidenses y se compraron muchos más remedios similares de venta libre. Sin embargo, sería equivocado imaginar una mejora en las condiciones actuales que permitiese que la gente durmiese de manera profunda y despertara descansada. A esta altura, incluso un mundo organizado de manera menos opresiva sería incapaz de eliminar el desvelo. El insomnio adquiere su importancia histórica y su textura afectiva particular en relación con las experiencias colectivas externas a él y ahora es inseparable de las muchas otras formas de desposeimiento y ruina social que se dan a nivel mundial. Como una privación individual de nuestro presente, establece una continuidad con una condición generalizada de inutilidad, de falta de valor.